

Colorear el olvido

Lilia Martínez

Uno de los múltiples procesos aparecidos en el siglo XIX que enriquecieron a la fotografía fue el ferrotipo, el cual también sería conocido como *tintype*. Algunos autores fijan la fecha de su aparición en 1852, atribuyendo su descubrimiento al francés Adolphe Alexander Martin; otros han asignado su invención, en 1856, al norteamericano Hamilton Smith.

Su uso fluctuó según el país y el fotógrafo. En México se extendió hasta los años treinta, aunque ya existiera la película en rollo; en esto se tiene que considerar que la técnica y su aprendizaje requerían de dinero y tiempo, por lo tanto no era fácil para un fotógrafo cambiar de proceso.

Como procedimiento el ferrotipo es una variación del ambrotipo: una placa de fierro en lugar

de la placa de cristal usada para el ambrotipo; su formato más usual era el de tarjeta de visita, aunque existen ferrotipos desde 20 x 25 centímetros, hasta las miniaturas de 2 x 2.5. Es interesante observar cómo el fotógrafo al cortar las placas no les daba la misma medida —de los 32 ferrotipos estudiados para este artículo no se encontraron dos de la misma medida.

La placa de fierro se cubría con laca negra o betún de judea para recibir el colodión y se sensibilizaba con nitrato de plata. Estando húmedo el colodión, se montaba en el chasis de la cámara y se exponía para obtener un cliché ligeramente subexponida, a continuación se revelaba con ácido pirogálico, se fijaba con tiosulfato de sodio y se lavaba.

El resultado de este proceso era una imagen negativa con “aspecto positivo” de bajo contraste y gama tonal limitada, por lo cual su uso fue poco frecuente. La ventaja que tenía era su costo, más bajo que cualquier otro tipo de fotografía. Precisamente por lo exiguo de su producción, existen pocos ejemplares en fototecas o archivos particulares, lo que dificulta su conocimiento.

Para que el ferrotipo fuera más atractivo, el fotógrafo los iluminaba con colores velo (acuarelas) o al óleo; los detalles de cómo se utilizaban los da José An-



Anónimo, *Sin título*, ferrotipo, ca. 1857. Col. Familia Valdez Romero



Anónimo, *Sin título*, ferrotipo y óleo, ca. 1870. Col. Fototeca Lorenzo Becerril, Centro Integral de Fotografía

tonio Bustamante: “desde que trabajaba el ferrotipo lo coloreaba con colores velo, quemaba la placa con cerillo y luego los iluminaba. A las mujeres les pintaba los labios, los cachetes, los vestidos. En la misma uña disolvíamos el color, pues andábamos en la calle, y la ventaja del color velo es que en el ferrotipo se extendía muy bien porque el papel lo mancha y así uno podía tener diferentes colores en cada uno de los retratos. Se podían hacer muchas cosas y ya iluminados costaban el doble: cuarenta centavos [...] Yo iluminaba hasta gratis, me tardaba quince o veinte minutos; después usaba colores al óleo, porque los del agüita ya no me gustaron, esos colores sólo sirven para practicar”.¹ Esto era por el año de 1925.

Otra referencia al coloreado se encuentra en el libro *Las artes de la mujer*: “Es un placer verdadero guardar para nosotros mismo los recuerdos queridos gracias a la máquina de fotografiar. Y el fin de la

fotopintura al aceite, es dar la apariencia de un cuadro, gracias a los artificios de color que ocultarán la fotografía, haciendo creer que el cuadro lo hemos pintado en condiciones habituales...Ante todo, se pasa sobre los bordes de la oreja, la nariz y la comisura de los labios, algunos toque de barniz rojo. Espéranse algunos instantes; enseguida se pinta con los colores ordinarios, al óleo, las líneas; con blanco puro los brillantes y las piedras; las carnes, de un blanco rosa. Déjase secar bien y se hacen los cabellos y la barba, y enseguida los fondos, sea con barniz rojo puro, verde o azul, según el gusto”.²

En la Fototeca Lorenzo Becerril del Centro Integral de Fotografía en la ciudad de Puebla, se encuentra un ejemplar que se ajusta perfectamente a esta cita, ya que no tiene aspecto de fotografía si-

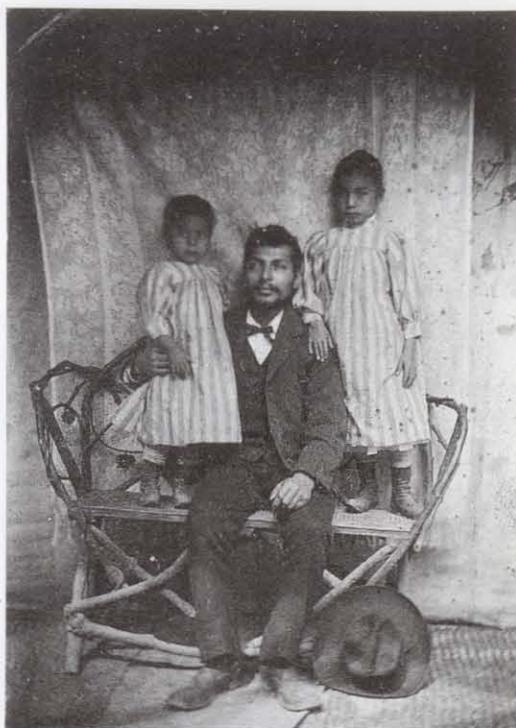
no más bien de un óleo sobre lámina. Actualmente en algunos espacios, se está reconsiderando la catalogación de algunas obras que se habían considerado óleos sobre lámina y que en realidad son ferrotipos coloreados.

Terminado el coloreado, se aplicaba una capa de barniz con la finalidad de proteger la imagen y “concluido el retrato, se lo dispone convenientemente en su caja o a veces tan sólo en un ruedo, o sea *mat* [marialuisa de cartón], manera cómoda de arreglar retratos que se quieran mandar por el correo, cuidando de engastarlos firmemente en sus *mats*”.³ Cuando se tiene un ferrotipo por primera vez, la impresión que causa el observarlo es de sorpresa, por su apariencia, sobre todo si en ese momento no se tiene ninguna referencia sobre ellos.

Es importante hacer notar la gran diferencia, en cuanto a calidad técnica, entre los ferrotipos nor-

teamericanos y mexicanos. Los primeros se identifican por su excelente definición, calidad tonal y acabado final, muy apegado a las instrucciones del manual, hasta en la pose: todos iguales. En cambio los mexicanos se pueden ver con muchas deficiencias técnicas, pero al gusto del retratado: "No cabe duda que esta fotografía mexicana es extraordinariamente interesante. A la colección de tipos que representan el México popular de nuestros días, se une el interés de la expresión artística, y el gusto peculiar que en la composición manifiesta el fotógrafo."⁴ Es ilustrativo el comentario de Fernández Ledesma, en referencia a que este proceso posibilitó el acceso de la población de bajos recursos al retrato, ya que las fotografías de la época eran casi inalcanzables.

Para valorar el ferrotipo, su apreciación tiene que ser directa, ya que sus características físicas lo hacen un proceso poco atractivo en su reproducción; por ejemplo, no tiene la espectacularidad del daguerrotipo, ni la gama tonal del platino o la calidez de la albúmina, sin embargo al observar estas imágenes son precisamente las diferencias lo que marca su valor como proceso y como imagen final.



Anónimo, *Sin título*, ferrotipo, ca. 1925. Col. Fototeca Lorenzo Becerril, Centro Integral de Fotografía

Por lo tanto, esta es una invitación a frecuentar las fototecas como fuente de información primaria para conocer la historia en imágenes y a los fotógrafos, anónimos o conocidos, que produjeron en nuestro país fotografías de extraordinario valor.



Anónimo, ferrotipo, ca. 1920. Col. Fototeca Lorenzo Becerril

¹ Alfonso Morales, *El gran lente. José Antonio Bustamante Martínez*, México, SEP, 1992, pp.47,48 y 61.

² Carmen de Burgos Seguí, *Las artes de la mujer*, España, Prometeo, 1915, pp.64,65 y72.

³ J. Towler, *El rayo solar*, Nueva York, D. Appleton y Compañía, 1884, p.143.

⁴ Gabriel Fernández Ledesma, "La fotografía de la Villa de Guadalupe", en *Forma. Revista de Artes Plásticas*, vol. I, núm. 2, México, SEP, 1926, p.11



Anónimo, *Sin título*, daguerrotipo, ca. 1845. Col. Museo Franz Mayer